

Tren, avión, cerdo y despojos



LA COLUMNA

JAVIER CUERVO

En los trenes del viejo mundo había primera, segunda y tercera clase. En la catástrofe ferroviaria un cronista escribió «afortunadamente, todos los muertos viajaban en tercera». El tren con vagones de tres clases salía de la misma estación y a la misma hora y llegaba a otra estación con igual retraso para todos. ¿Los diseñadores de aquellos trenes se esforzaban tanto en todas las comodidades de la primera como en todas las incomodidades de la tercera? ¿El revisor servicial de primera pasaba riguroso por segunda y llegaba desatento a tercera?

En los trenes de Alta Velocidad no se han eliminado las desigualdades y cuesta discernir si se cobran las comodidades o se paga con incomodidad porque el convoy es uno y su explotación también. No todos pagan igual y cuesta discernir si el sobrecoste de primera abarata el viaje a los de segunda o si los de segunda abaratan el billete al de primera. En la aviación comercial todo fue claro desde el principio: lo principal era el correo y en el pasaje en inglés se llama «business» a la «primera» y el resto del avión es clase «turista». En vuelo, el ocio paga al negocio. Los aviones los fletaba la prisa y los rentabilizaba la calma.

El avión y el tren son uno, como el cerdo, y como él, se despiezan. El jamón de pata negra que paladea el señorito andaluz (por decir un tópico) lo subvenciona en parte el trabajador chino (por decir otro tópico) que come algo hecho con el corazón o la tráquea de ese cerdo. España exporta mucho despojo y el 46% de las partes menos nobles va para China. El cerdo reporta a nuestra balanza de pagos 500 millones de euros anuales.

El mundo se puede ver como un tren o un avión divididos en clases o como un cerdo dividido en piezas nobles y despojos. China no va a comer más pene de cerdos españoles porque Europa le ha puesto aranceles altos a sus subsidiados coches eléctricos. Cerdo y coches eléctricos. ¿Quién va en primera en el mundo? ¿Quién es el despojo? ■

Javier Cuervo es periodista

Mi cerebro y yo

Creo que la divulgación, la difusión y la aplicación, a todos los niveles, de las neurociencias puede ser un avance significativo para la mejora personal y social

Desde hace mucho tiempo me ha fascinado todo lo que tiene que ver con nuestro cerebro. Aún conservo, muy subrayado, el libro titulado *La mente humana* de José Luis Pinillos, el número 41 de la colección RTV, Biblioteca Básica Salvat, de 1969. Desde entonces hasta ahora, las ciencias cognitivas, la neurociencia y todos sus derivados han tenido una profundísima evolución. Solamente adentrarnos en Internet y buscar información al respecto ya nos puede dar idea de los avances que se han conseguido y la cantidad ingente de investigaciones que se están realizando. Se sabe que los equipos de investigación para que sean fecundos es necesario que sean multidisciplinarios, pues en el estudio



EL ARTÍCULO DEL DÍA

RAFAEL SÁNCHEZ SÁNCHEZ

del cerebro humano no se puede prescindir de ámbitos del saber tan importantes como la neurología, la psicología y psiquiatría, las ciencias fisicoquímicas, la biología, las ciencias humanas y sociales —pedagogía, antropología, sociología, filosofía— etcétera. Cada una de estas ciencias de manera particular y conexionadas entre sí, pueden ofrecer bases estructurales de gran provecho para la comprensión de nuestro cerebro, sin embargo, en todo este entramado que se teje para llegar al conocimiento profundo del cerebro humano me hago varias preguntas: ¿Mi cerebro y yo cómo nos relacionamos?, ¿por qué mi cerebro y yo nos relacionamos? En definitiva, cómo y por qué hay una íntima relación entre cerebro y mente. En mi caso, percibo que yo y mi cerebro somos distintos. ¿Quién piensa, mi cerebro o yo? Por otra parte, es evidente que hablar nos facilita pensar, y pensar nos facilita hablar; y también está claro que pensar y hablar nos permite comunicarnos, por lo que podemos decir que hablar y pensar son acciones socioculturales, las realizamos porque vivimos en comunidad, en una cultura y en una sociedad. Los expertos ya nos dicen que el cerebro humano, producto de una evolución de millones de años, es un órgano no solo biológico sino, esencialmente, social. Por eso, la antropología asigna al *homo sapiens* una condición plural y compleja: como un ser bio/psico/socio/cultural.

El interés por la neurociencia está en pleno auge. Todas las ramas del saber

se arriman al calor de las investigaciones y progresos que conlleva el estudio del cerebro, tanto es así, que surgen muchas disciplinas a las que se les designa con el prefijo «neuro»: neuroeducación, neurolenguaje, neuromárcuetin, neuroantropología, neurofísica, neuropsicología, neuromatemáticas, etcétera. Ante esta proliferación de

ciencias «neuro» es posible que las ciencias humanas y sociales consigan avances muy acelerados y que nuestro progreso humano y social sea meteórico. Ahora bien, esta carrera del progreso humano desde las neurociencias puede llevarnos, sin darnos cuenta, a poner gran énfasis en todo lo que concierne al cerebro como órgano

fisicocorporal en detrimento del yo como entidad psíquica, mental, espiritual.

Ante estas cuestiones está claro que es muy recomendable acercarse al mundo de la neurociencia y de los mecanismos psíquicos, no sólo para conocer nuestro cerebro, sino para comprenderlo desde la perspectiva antropológica y filosófica, que nos ayude a seguir la senda de la humanización y el progreso de manera ética. Creo que la divulgación, la difusión y la aplicación, a todos los niveles, de las neurociencias puede ser un avance significativo para la mejora personal y social. En este sentido, todos tenemos acceso a muchísima información tanto de bibliografía especializada como de acciones formativas. Aprovecho para aplaudir la labor que están realizando tantas entidades y personas que investigan y divulgan este campo; en nuestra comunidad autónoma, tenemos personas y entidades que trabajan en el ámbito de las neurociencias, especialmente aplaudo a la Asociación Aragonesa de Psicopedagogía que está haciendo un gran bien a la sociedad aragonesa con sus cursos relacionados con la neuroeducación y con los congresos internacionales de Inteligencia Emocional que viene realizando desde hace unos años, donde se dan cita los mejores expertos e investigadores en estas materias. ■

Rafael Sánchez es antropólogo y pedagogo social

El timo libertario



CON SENTIDO/SIN SENTIDO

HERNÁN RUIZ

Tiene esta columna, entre otros, propósito de «desfazer entuertos» semánticos que intoxican nuestra mediosfera. Uno de los más habituales y tóxicos es la tergiversación del término libertario que está protagonizando la internacional ultraliberal reaccionaria. Durante el siglo XX esa palabra se asoció al comunismo libertario de los anarquistas, un ideal que solo pudo ponerse en práctica en la España en guerra, donde las comunas cenetistas tuvieron, por cierto, buenos resultados económicos. La acracia tradicional desconfiaba del estado burgués y de los mecanismos de la democracia liberal con el horizonte de una revolución de fraternidad colectiva. Hoy día, desde Estados Unidos sobre todo, han cobrado fuerza los *libertarian*, que también desacreditan el Estado (y la democracia liberal aunque no lo manifiesten). Y hasta aquí las coincidencias con el anarquismo, porque los libertarios llevan hasta sus últimas consecuencias el individualismo liberal frente a la solidaridad ácrata y, por tanto, refrendan el darwinismo social de Spengler. En esa lógica del sálvese quien pueda sobran impuestos, coberturas sociales, justicia distributiva, etc. Priman en esa jungla los especímenes más ricos y con más poder y los que no sobrevivan a su inexorable ley están condenados al infierno de la exclusión y la pobreza. Ese es el paraíso que predica el gran profeta Javier Milei y al que se suma Ayuso. Es una doctrina en las antípodas del cristianismo y del genuino espíritu liberal que informa nuestras democracias y nuestras constituciones, incluida la española tan advocada por la presidenta madrileña. En medio de la actual desesperación y desconsuelo el libertarismo se disfraza de populismo, pero solo hay que preguntarse *Qui prodest* para desenmascararlo. La libertad es el señuelo, en realidad busca un autoritarismo al servicio de los privilegiados. ■

Hernán Ruiz es profesor universitario y 'storyteller'